

Violencia, ejercicio del mal "con las mejores intenciones"

*Alicia Diacovetzky de Carpman**

Tal como Jano bifronte de la humanidad. El hombre es el único capaz de consagrarse lleno de entusiasmo al servicio de los valores supremos. Pero para ello necesita una organización fisiológica comportamental cuyas propiedades animales llevan en sí el peligro de muerte para los hermanos. Y el hombre comete fratricidio convencido de haberse visto obligado a hacerlo al servicio de los mismos valores supremos. ¡Ecce homo!

Konrad Lorenz ¹

En este trabajo quiero exponer mi punto de vista psicoanalítico respecto al tema de la violencia, un aspecto teórico, una somera descripción de lo que acontece con la agresión humana; y un segundo punto que tiene que ver con la violencia en lo cotidiano, más específicamente en lo que tiene que ver con la mujer y los niños.

En primer término, quiero aclarar un concepto que, aunque muy discutido, es la postura que defiende la existencia de dos instintos básicos entre los que se debate el hombre. Eros instinto de vida y Tánatos instinto de muerte.

Así como hasta la aparición del psicoanálisis no se consideraba la existencia de la sexualidad infantil, ni siquiera en su crianza, tratándolos como seres que no entienden nada hasta la adultez, con la agresión pasa algo parecido que con la libido infantil, sólo choca con prejuicios mayores.

El concepto religioso de que el hombre nace "bueno", que la bondad es un atributo natural, está demasiado arraigado en la cultura, y obliga a negar el componente agresivo que psíquicamente traemos todos sin excepción.

Tenemos una gran resistencia para aceptarnos como seres contradictorios,

* Médica psicoanalista. Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

¹ Sobre la agresión, el pretendido mal.

capaces de las más bellas y sublimes creaciones, a la vez de tener la capacidad de los actos más abyectos y violentos de esta vida.

Esto hace que todos los días nos sorprendan las noticias de guerras, odio, violación y muerte de semejantes, como si ocurrieran por primera vez.

Repasando la historia, aunque sea sólo de los últimos veinte siglos, entre avances y retrocesos que pretenderíamos evolutivos, nos encontramos con un rosario de genocidios, crueldades, violencias y perfeccionamientos criminales que en este siglo hacen gala de "maldad insolente", como dice el tango, siendo los períodos de paz la excepción.

Las leyes religiosas (tablas de la ley, decálogo judeo cristiano) o laicas, prohíben y legislan las mismas acciones, incesto, infanticidio, parricidio, poligamia, asesinato, adulterio, etc. Es sencillo pensar que se promulgaron para atemperar la espontaneidad de nuestros instintos.

No se promulgan leyes que prohíban comer excrementos o cortarse la mano, ya que nadie (salvo este psicótico) desea hacerlo.

Es decir, sólo se prohíbe aquello que es natural a nuestros deseos, de ésto se desprende, por obvio, que las prohibiciones son lo fundante de nuestra cultura. Nadie prohíbe lo que no se desea.

Estamos legislados desde lo social por fuera, y por dentro, con nuestro aparato psíquico por la represión, ley internalizada. Esto permite nuestra convivencia, por lo menos en algunos períodos. Somos producto de esta cultura.

Esta represión por supuesto tiene consecuencias que veremos más adelante.

La ética que nos rige parecería originarse en la protección del recién nacido inerme, y necesitado de cuidado intensivo que ocupa un largo período de la vida.

Esto último sería consecuencia de instintos vitales que protegen la especie y la progenie. Pero la lucha entre Eros y Tánatos es titánica en el hombre.

El axioma "Ama a tu prójimo como a tí mismo", merecería tener un agregado: "siempre que no sea diferente, hombre, mujer, de otro color, de otra clase social o el vecino de al lado que me molesta".

El individuo apenas puede amarse a sí mismo, y como especie puede aniquilar hasta el último ser (léase amenaza nuclear).

Tenemos ojivas nucleares para hacer desaparecer más de un planeta. Y todo ocurre bajo la égida de "las mejores intenciones".

La represión de nuestra agresión aparece bien yugulada en la superficie, para reflotar luego de la forma más inesperada.

Las mismas vivencias que en el siglo pasado nos prometían "progreso" y "bienestar", inesperadamente en la fisión del átomo (por ejemplo), pueden condenarnos al aniquilamiento total y por nuestra propia mano. ¿Por dónde se nos filtró Tánatos? Nadie sospecharía que fue premeditado. No, es inconsciente, y este solo hecho ya nos demostraría cómo insensiblemente se infiltra la agresión en lo más superestructural y sofisticado del sistema, en este caso, la física nuclear. Sabemos que con su energía, podríamos conseguir maravillas, sin embargo, se nos transforma en amenaza.

Es evidente que lo más complejo de nuestra situación es darnos cuenta, tener consciente, nuestra dualidad, la llamada "condición humana", el peligro que somos para nosotros mismos.

Los oídos humanos fueron siempre endulzados con promesas de glorias futuras, así se impulsaron a "guerras santas" y, hasta los más reflexivos, precavidos y cultos, se embarcaron en inútiles contiendas, cuyo único saldo es siempre el horror, la destrucción y muerte. Luego de lo cual se pregona que ésta es la última vez, pero "la sangre seca rápido". Quedando poco aprendizaje de la experiencia.

El reconocimiento de lo que alberga nuestro inconsciente, nos hace desconfiar

de las racionalizaciones o intelectualizaciones que se imponen como verdades absolutas, son las que se esgrimen con grandes demostraciones, creando superestructuras dominantes, recurso que va a justificar actos crueles, sádicos o alguna impunidad.

Podemos viajar a otros planetas, formular leyes que nos revelan el macro y microcosmos, cambiar genes, etc. Nos deleitamos con maravillosas creaciones del arte. Pero nuestra dificultad limitante es protegernos de nosotros mismos, de nuestras pulsiones destructivas, que se apoderan inconscientemente de las ideologías políticas, sociales, económicas, científicas o son creadas ad hoc para la dominación del otro.

Ahora veamos, la agresión es un elemento imprescindible para nuestra supervivencia, y fusionada con Eros (diríamos orientada) por los instintos vitales, logra su mejor opción.

Cazar y matar para comer, trepar, correr, está presente en los esfuerzos. Ejemplo burdo: un traumatólogo usa perforadoras, serruchos, ganchos; parecen instrumentos de tortura, pero están destinados a un fin reparatorio, así cambia de signo la agresión.

Está presente en todos los actos de nuestra vida, para los que hace falta fuerza, pasión, valor, etc., y se hace obvio que nadie está exento de estos instintos primarios, no se trata de buenos y malos, se trata de comprender su sentido y quién ejerce el sadismo.

En nuestra historia reciente, mientras gobernaba el proceso, el terrorismo de estado se arrogaba toda la violencia disponible. En el intento de democracia, la violencia se ha desparramado como una mancha de aceite, visible en todos los ámbitos cotidianos. Como ejemplo, basta observar el tráfico endemoniado de Buenos Aires y la cantidad de muertos en los fines de semana en "accidentes".

La violencia callejera, el estado de stress cotidiano, y la sutileza con que el

poder nos vuelve transparentes a todos, descartables, en fin, comprobamos que no nos libramos de la agresión, está agazapada a la vuelta de la esquina, se mete en todos los estratos, *y tenemos que pensarla antes de que nos sorprenda.*

En cuanto a lo particular, quiero referirme a puntos específicos, lo que conozco: la mujer y el niño, desde la medicina y el psicoanálisis, con sus aspectos positivos y negativos.

Comenzando por la mujer, último eslabón de la discriminación, desde Hipócrates y Galeno ha sido "objeto" de estudio, sin adquirir status en la escala zoológica, ubicada entre el reino animal y el humano varón. Al no ser reconocida como "ser", "sujeto", ha tenido una identidad dudosa, considerada incompleta. Ya que no posee pene, ni órganos reproductores a la vista, la tradición médica la consideró un macho castrado, desvalorizando sus órganos internos hasta hoy.

El cuerpo de la mujer, sede de todas las investiduras y especulaciones, tan cambiante, con espacios a rellenar, embarazos, partos, lactancia, deseado y denostado, considerado peligroso por la religión (Talibanes mediante), se consideró "incompleto".

Digo que el prejuicio continúa hasta hoy, ya que el criterio imperante (salvo honrosas excepciones) es que, cuando una mujer de más de 40 entra al quirófano ginecológico por un mioma uterino, se hace una anexohisterectomía, como prevención de cáncer de ovario que es difícil de detectar. Exactamente como hace pocos años, por norma, se extirpaban las amígdalas a todos los niños sin excepción, anulando su defensa oral, operando sin anestesia por su propio bien. Casi de la misma manera se extirpan ovarios y útero, castratoriamente (por supuesto no me refiero a los casos donde esté bien indicado, por haber riesgo de vida), provocando una menopausia quirúrgica, con las consecuencias psíquicas y traumáticas correspondientes, es decir, menopausias plagadas de síntomas por deprivación brusca de hormonas, y

depresiones que van desde las leves hasta la melancolía con fantasías de suicidio.

Claro que hay servicios (conozco uno) donde no se hacen cirugías traumáticas a menos que haya peligro de tumor maligno.

La difusión que hacemos los que nos oponemos a este tipo de intervenciones, llega a la comunidad. Así como a los niños no se los operan más sin anestesia, y sólo si está estrictamente indicado. Las mujeres comenzaron a pensar y oponerse a la ajenidad de su cuerpo.

Discuten con los ginecólogos el criterio antes de la operación. El problema está en las mujeres de bajo nivel económico y cultural, más sometida, que se entrega al orde médico salvador, y con credulidad. Sólo después se encuentra con los síntomas y el desasosiego que no entiende, es lo más frecuente en los hospitales.

Aparentemente, todo se resuelve con el negocio de los estrógenos sintéticos de laboratorio si cerramos el ciclo de sacar y reemplazar, prometiendo juventud eterna con parches y pastillitas.

¿Comparamos esta oferta consumista?

Para no ser injusta, la medicina le ha dado a la mujer márgenes de libertad, con los anticonceptivos y prevenciones, medidas higiénicas que le dan opciones de comenzar a manejar su cuerpo respecto al sexo y maternidad.

Desde el psicoanálisis, Freud, a quien agradecemos su genio, imbuído de sus prejuicios, producto de su época o su propio temor a la castración creó una teoría edípica falocéntrica, forzada para lo femenino, sólo concebible para un hombre castrado, fiel a la medicina hipocrática, con la salvedad de que con su método nos dejó a las mujeres el camino abierto para investigar sobre nosotras mismas.

La teoría falocéntrica es insuficiente, no comprende a la mujer, toma como punto de partida teórico la patología histérica. Propone la siguiente femeneidad: la mujer busca el pene, primero del padre, luego del marido, después del hijo; ella

aparece con la que llamo identidad negativa, no existe hasta que se completa con un varón.

Su esencia femenina es considerada un continente negro y, como todos sabemos, las mujeres tienen un sexo completo.²

Algo muy llamativo es que las ginecólogas, son a veces más desconsideradas que los hombres, con sus pares mujeres, dando la pauta que apenas tenemos algo de poder, lo usamos a discreción. Adscribirse al poder imperante, o escudarse en él, es una forma de no ser identificada con el sexo desvalorizado.

Es importante tener en cuenta esta cualidad, ya que todos estamos expuestos a que se nos imponga la agresión, sin ninguna conciencia. Mucho más expuestos estamos en esta era llamada posmodernidad. La era tecnológica barre la ética y moral conocidas, desaparecidas las antinomias, se impone el *todo vale*.

Los lazos erótico-solidarios (soldadura entre Eros y Tánatos) que se intentaron desde distintas ideologías ha fracasado, quedando desvirtuado el débil entramado social de sostén, que se fracturó conminuto. Sálvese quien pueda es la ley, y así se construye la política actual.

La *precariedad* y lo efímero de los afectos, produce más angustia y ansiedad generalizada y una búsqueda insaciable, para paliarla, por cualquier medio que otorgue placer inmediato, drogas, violación, asesinato, etc.

Aunque todos sufrimos este fin de siglo, las víctimas propiciatorias son los niños.

En 1965 conocí en el Hospital de Niños el "síndrome del niño golpeado", importado en los libros de la especialidad de E.E.U.U.; no lo conocíamos en nuestra práctica y nos horrorizaba su descripción.

Minoridad publica en los diarios, hoy en día, un teléfono de urgencias para

² Baudrillard acuñó un término "Falocracia".

niños abusados de cualquier manera, y los casos son cada vez más graves de violación, violencia física, trabajo en las calles, etc.

Aquí con los niños la violencia aparece en carne viva, son víctimas por excelencia, no denuncian, no dicen, encubren a sus agresores.

A veces, sólo en las revisiones pediátricas se descubren las huellas de violaciones y maltrato. Las marcas psíquicas no se ven.

Por otra parte, el que denuncia es luego acusado. Por ejemplo, una paciente climatérica me cuenta que a los 8 años fue manoseada por un portero de la escuela; al contarle a su madre, ésta la acusó de "buscona" y recibió un castigo.

En cualquier nivel social, encontramos, los terapeutas psicológicos, relatos de abusos infantiles o datos rememorados por los adultos en tratamiento. La cantidad se ha triplicado en nuestra sociedad. Sabemos, además, que aquellos abusados en la infancia, en altos porcentajes, repiten el modelo en la adultez.

Un interrogante se nos impone ¿la cultura humaniza? ¿Cómo manejar el instinto de muerte?

La propuesta es concientizarlo, disolver la negación que vuelve más peligroso al instinto de muerte y nos traiciona proyectando la maldad en los otros, aunque no todos, por supuesto, ejercemos la violencia de la misma manera. La historia previa tiene peso en cada caso, y el comportamiento sádico, no se elige.

La posibilidad de combinar la agresión con las pulsiones vitales es la posibilidad más eficaz.

Nos falta darnos cuenta de que cada uno de nosotros lleva dentro un monto de agresión que podemos o no manejar. El logro sería saber de su existencia.

Bibliografía

- Baudrillard, J.: *De la seducción*, España, Cátedra, 1984.
- Baudrillard, J.: *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Barcelona, Anagrama, 1991.
- Diaconetaky de Carpman, A.: *El malestar en las ciencias*, XV Congreso interno y XXV Simposium sobre "El malestar en nuestra cultura", Asociación Psicoanalítica Argentina, 1986.
- Freud, S.: "El malestar en la cultura", en S. Freud, *Obras Completas*, T. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1986.
- Freud, S.: *¿Por qué la guerra?*, op.cit., tomo I.
- Lorenz, K.: *Sobre la agresión: el pretendido mal*, 1ª ed. en castellano, México, Siglo XXI, 1971.